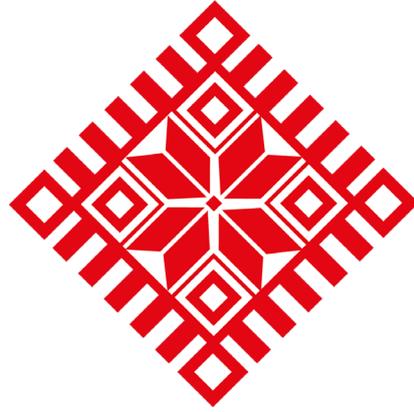


CUENTOS POPULARES BELARUSOS





Cuentos populares belarusos

Ciudad de México
2023





Dedicado

A todos los que murieron en la lucha por la liberación de Belarús.

A todos los que ahora luchan por ella en las tierras de Ucrania.

A todos los que se vieron obligados a abandonar sus hogares bajo la opresión del régimen actual.

A todos los que ahora están en las prisiones del régimen dictatorial de A. Lukashenko.

A todos aquellos que, encubierta y abiertamente, en Belarús y fuera del país, están haciendo todo lo posible para que Belarús sea libre e independiente.



Autores de la colección: Aliaksandr Sarokin, Yuliya Sarokina.

Traducción: Aliaksandr Sarokin.

Ilustraciones y diseño gráfico: Natallia Kniazeva.

Redacción: Dr. Christian Louis Hanotel Pinzón.

Maquetación: Aliaksandr Sarokin.



Esta colección es la primera de una serie de libros que la asociación creativa “Slova i Mova” tiene previsto publicar como parte del programa para dar a conocer la literatura belarusa y ucraniana a los lectores hispanohablantes.

Planeamos publicar obras que nunca antes hayan sido editadas en español. Incluirán obras de diversos géneros, desde poesía y prosa clásicas hasta escritores y poetas actuales menos conocidos.



Del traductor:

El folclore belaruso aún no se ha dado a conocer ampliamente a los lectores hispanohablantes. Esta colección de cuentos populares belarusos les presentará a los fascinantes personajes que tienen su origen en los mitos y leyendas de este pueblo eslavo: la grulla sabia, el zorro astuto, el lobo feroz, el dueño codicioso y el campesino inteligente y taimado.

Los cuentos belarusos combinan humor, fantasía y costumbres de miles de años de historia, peculiaridades de la vida cotidiana y cultura de este pueblo.

Los cuentos belarusos, por un lado, se caracterizan por sus similitudes con las epopeyas de cuentos de otros pueblos eslavos, por otro, tienen muchos rasgos distintivos, lo que crea un peculiar espacio integral de personajes, temas y tramas. Los cuentos belarusos se caracterizan por una profunda sabiduría popular, imágenes muy poéticas, fe en el hombre, en su fuerza y sus capacidades, un humor inimitable y una aguda sátira.

La principal característica de los cuentos belarusos es su fuerte base mitológica y la conservación de numerosos conocimientos de la vida cotidiana e ideas sobre el mundo circundante.

El mundo mágico de los cuentos populares es una fuente inagotable de sabiduría y belleza. Obras maestras del folclore, creadas y pulidas durante siglos en los caminos históricos del folclore belaruso, han llegado hasta nosotros. Bondadosos y espantosos, humorísticos e instructivos, sobre personas y animales, estos cuentos les traen las voces y la experiencia de sus antepasados y enseñan al pequeño lector a hacer el bien, a luchar contra el mal, apreciar lo bello y disfrutar de la vida.

Aliaksandr Sarokin



El pelirrojo y el calvo.

Un joven quiso ir a la ciudad a resolver unos asuntos. Su padre le dice:

— Hijo, ten mucho cuidado con la gente pelirroja y la gente calva.

— ¿Y eso, apá?

— Es que los pelirrojos son muy tramposos y los calvos son demasiado listos...

Al hijo le pareció chistosa la lección de su padre. Se rio, enganchó su caballo y se fue a la ciudad.

Anda por la carretera y ve una cantina. Se le antojó a comer algo. El joven entró en la cantina y ordenó un almuerzo. Un cantinero pelirrojo le sirvió un plato de guisado.

El muchacho come el guisado y comenta muy contento:

— ¡Qué comida tan exquisita, cada cucharada vale una moneda de oro!

El cantinero lo oyó, tomó un cuchillo y empezó a poner una raya en el tablero de la mesa cada vez que el joven comía una cucharada de guisado.

El muchacho se llenó. Entonces le pregunta al cantinero:

— A ver, ¿cuánto te debo por el guisado?

— Cien monedas de oro, — dice el cantinero. — Una moneda por cada cucharada, así como tú lo dijiste.

— ¿Cómo sabes cuántas cucharadas comí?

El cantinero volteó la mesa y comenzó a contar las rayas. Salieron cien rayas.

“Ahí está, — dijo el joven para sus adentros, — resulta que mi apá decía la verdad advirtiéndome de la gente pelirroja”.

No le sirvió pedir ni suplicar: el cantinero se quedó con todo el dinero del joven. Ni modo, el muchacho se tuvo que ir a su casa: sin dinero no había nada que hacer en la ciudad. Anda triste por la carretera y de repente ve a un hombre ir a su encuentro. El hombre va en un carruaje, no trae gorro y su cabeza brilla en el sol como un sartén nuevo: es calvo.

“Ahí está, — piensa el joven, — esto es mi final: el pelirrojo me quitó todo el dinero, y a ese calvo, al parecer, tendría que dejarle mi caballo y mi carruaje”. Se fue de la carretera y corrió su caballo hacia el bosque.

“Este joven ha de ser un ladrón, ya que huye de la gente”, — pensó el calvo y se echó a perseguir al muchacho. Lo alcanzó y lo agarró por el cuello de su camisa:

— ¿A ver, tú, dime qué es lo que robaste?





El joven ve que ya no hay de otra: le contó al calvo porque él le había dado tanto susto.

El calvo se está muriendo de risa y luego dice:

— Está bien, joven, regresemos a la cantina, voy a hacer que el cantinero te devuelva lo tuyo.

Llegaron a la cantina. El calvo echó un vistazo a ambos lados y vio una paleta de res en el mostrador. Se acercó al cantinero, le tocó por el hombro y preguntó:

— ¿Qué precio tiene tu paleta¹?

El cantinero, pensando que el calvo quiere comprar la paleta de res, dice:

— Tres monedas.

El calvo le paga tres monedas, toma un cuchillo y le dice al cantinero:

— Quítate la chamarra.

— ¿Cómo para qué? — pregunta el cantinero.

— Es que se va a dañar mientras te corto la paleta.

— Cómo crees, hombre, — chilló el cantinero, — ¿crees qué es posible venderte mi propia paleta por tres monedas?

— ¿Y tú crees qué es posible cobrar cien monedas por un plato de guisado? — dice el calvo.

Por mucho que el cantinero mañoso quisiera evitarlo, tuvo que devolverle al muchacho su dinero. Además, le pagó la mitad de sus ahorros al calvo para que no le cortara la paleta.

Muy feliz que se puso el joven y muy agradecido al calvo:

— Ojalá, — dice, — que todo el mundo se haya hecho calvo como tú. No habría nadie a quién tenerle miedo.

1 Paleta - La paleta de res es un corte ubicado en la región escapular del animal.



El pan fácil.

Un segador estaba trabajando en su campo. Se cansó y se sentó a descansar a la sombra de un árbol. Sacó su bolsita, la desató y empezó a masticar el pan que le había puesto su esposa.

De repente, un lobo hambriento sale del bosque. Ve al segador sentado bajo el árbol, comiendo algo. El lobo se le acerca y le pregunta:

- ¿Qué es lo que estás comiendo, hombre?
- Estoy comiendo mi pan, - contesta el segador.
- ¿Y sí sabe bien?
- ¡Oh, no tienes idea de cómo es delicioso!
- ¿No me invitarías una mordida? Se me antoja probarlo.
- Ten, Pruébalo.

El segador partió el pan y se lo dio al lobo. Al lobo le encantó el pan. Y entonces le dice al segador:

- Me gustaría comer pan todos los días, pero ¿dónde lo consigo? ¿Cómo le hago, hombre? Ayúdame, enséñame lo.

- Vale, - dice el segador, - Te enseñaré dónde y cómo conseguir pan.

Y comenzó a darle una lección al lobo:

- En primer lugar, hay que arar la tierra...
- ¿Y tendré mi pan?
- No, hermano, espera. A continuación, la tierra necesita ser rastrillada...
- ¿Oh, y comeré pan? - el lobo meneó la cola.
- Espera, todavía no. Después hay que sembrar el trigo...
- ¿Y en fin habrá pan? - el lobo lamió sus labios.
- Todavía no. Tienes que esperar a que el trigo brote, hiberne durante el frío invierno, crezca en primavera, florezca, comience a espigar y madure...
- Ay, no, - suspiró el lobo, - ¡Es muchísimo esperar! ¡Pero después de hacer todo esto ya me voy a atascar de pan!
- ¡Nada de atascarse! - el segador lo interrumpió. - Todavía no es el momento. Primero hay que segar el trigo maduro, luego atar las gavillas y formar pajares con ellas. El viento los ventilará, el sol los secará, luego hay que llevarlos a la era...

- ¿Para comer pan, finalmente?

- ¡Eh, mira cómo no tienes paciencia! Primero hay que trillar las gavillas, echar el grano en costales, llevar los costales al molino y hacer la harina...





– ¿Y ya, eso es todo?

– No, no es todo. Hay que preparar la masa y esperar a que la masa se levante. Y luego meter la masa al horno caliente.

– ¿Y el pan se va a hornear?

– Así es, el pan se va a hornear. Eso es cuando te lo vas a comer, – el segador terminó su clase.

El lobo se quedó pensativo, se rascó la nuca con la pata y dijo:

– ¡No! Este trabajo es demasiado largo y difícil. Mejor aconséjame, hombre, sobre cómo conseguir comida con más facilidad.

– Bueno, pues, - dice el segador, - si no quieres comer el pan difícil, come el pan fácil. Ve al prado, allí está pastando un caballo.

El lobo llegó al prado. Ve al caballo y le dice.

– ¡Oye, tú, caballo! Te voy a comer.

– ¡Ya qué! - dice el caballo, - cómeme. Pero antes quítame herraduras de mis pies para no romperte los dientes con ellas.

– Es verdad, - aceptó el lobo. Se agachó para quitarle las herraduras y... El caballo le dio una buena patada en el hocico... El lobo se volteó y se echó a correr. Llega corriendo a la orilla del río y ve unos gansos pastando en la orilla. “¿Qué tal si me los como a ellos?” – piensa el lobo y les dice:

– ¡Oigan, ustedes, gansos! Los voy a comer.

– ¡Ya qué! - dicen los gansos, - cómenos. Pero ¿no nos harías un favor antes de comernos?

– ¿Cuál favor?

– Cántanos una canción, y nosotros te vamos a escuchar.

– Claro, con gusto. Soy muy bueno para cantar.

El lobo se sentó, levantó la cabeza y se puso a aullar. Y los gansos abrieron sus alas, se levantaron al aire y se fueron volando.

El lobo terminó su “canción”, vio a los gansos volando y se fue sin nada. Camina y se está regañando a él mismo con las palabras más feas: “¡Pero qué tonto soy! ¿Para qué les hice caso a los gansos? ¡Ya basta, desde ahora y para adelante voy a comer a cualquier que me encuentre sin decirle nada!”

Al pensarlo ve a un anciano caminando por la carretera. El lobo se acercó corriendo al viejito:

– Oye, tú, viejo, ¡te voy a comer!

– ¿Y por qué tanta prisa? - dice el anciano. – Antes de esto, vamos a esnifar un poco de tabaco.

– ¿Y sabe bien el tabaco?

– Pruébalo, ya verás.

– ¡Ándale, vamos!

El abuelo sacó su tabaquera del bolsillo, esnifó el tabaco y se lo ofreció al lobo. El lobo, por avaricia, inhaló todo el tabaco de la tabaquera.



Y empezó a estornudar tan fuerte que lo oyeron todos los habitantes del bosque. Le salieron las lágrimas hasta no poder ver nada, estornude y estornude.

Pasó como una hora estornudando, hasta que saliera todo el tabaco de su nariz. Miró a su alrededor y el viejo ya desapareció como si nunca estuviera.

Suspiró el lobo y siguió caminando muy tristemente porque tenía mucha hambre. En fin, vio un campo y ahí un rebaño de ovejas y su pastor durmiendo. El lobo localizó el mejor borrego del rebaño, lo agarró y le dijo:

– Oye, tú, borrego, ¡te voy a comer!

– ¡Ya qué!- dice el borrego, - así es mi destino. Pero te voy a proponer algo para que no sufras mucho y no te rompas los dientes con mis huesos duros: Será mejor que te pares en el prado y abras la boca, y yo voy a subir a aquella colina para agarrar la velocidad y entraré volando a tu boca sin que me mastiques.

– Gracias por tu consejo, - le contesta el lobo. – Así lo haremos.

El lobo se quedó esperando en el prado con la boca abierta. Y el borrego se subió a la colina, agarró la velocidad y con toda la fuerza se chocó con sus cuernos contra la cabeza del lobo. ¡Las chispas salieron de los ojos del lobo gris y todo el mundo se volteó para él!

Después de un tiempo el lobo retomó la conciencia, movió la cabeza de un lado para el otro y se puso a reflexionar:

– ¿Me lo comí o no me lo comí?

Mientras tanto el segador terminó su trabajo y cansado se dirigió a su casa. Pasa cerca del lobo, lo oye reflexionar en voz alta y le contesta:

– Como de haberlo comido tú no estoy seguro, de que estoy seguro es de que ya probaste el pan fácil.



ómo dar malas noticias.

Érase una vez un señor tan enojón que nadie podía complacerle. Todo el mundo le tenía miedo. Hay veces en que alguien se le acerca para pedirle algo y él le grita: “¿Qué quieres?”, y a esta persona se olvida de su petición por tanto susto:

– No, nada, su excelencia, todo bien, – contesta el pobrecito.

– Llévelo al establo, al sinvergüenza ese! – vocifera el señor. – ¡Pónganle unos latigazos, para qué no vuelva a venir!

No tenía otra forma de hablar con la gente. Y la gente tenía miedo de hablar con él, porque si uno le decía algo en contra o que no fuera de su agrado, mandaba golpear a uno hasta matarlo.

Una vez este hombre estaba jugando cartas y le ganó una hacienda a un vecino suyo. Era primavera. El señor se preparó y se fue a revisar su nueva hacienda. Y tanto le caía bien su nueva vivienda que decidió pasar todo el verano allí y regresar sólo en otoño. Es que es cierto lo que dice el dicho: el colador nuevo está colgado en la pared y el viejo está tirado en el piso.

Mientras tanto, unos grandes problemas han llegado a la vieja hacienda del señor. “¿Cómo podríamos informarle al dueño sobre lo sucedido?” – piensa su mayordomo. Es que tenía miedo de ir a decírselo él sólo. Así que decidió mandar a alguien de sus criados. ¡Pero nadie acepta ir! A nadie le gusta recibir latigazos.

Había un trabajador en aquella hacienda. No parecía gran cosa, pero era un gran bromista: sin pelos en la lengua. Se llamaba Esteban. Él oyó hablar de que el mayordomo buscaba a alguien para mandar a informar al señor, así que se acercó al mayordomo y le dijo:

– Mándeme a mí, yo sé cómo hablarle al señor.

El mayordomo muy feliz le dio a Esteban un poco de pan y tocino para el camino, le regaló un puño de monedas de cobre y se despidió de él pensando que ya nunca lo vería vivo.

Esteban va caminando, muy contento, haciendo tintinear sus monedas, entra a cada taberna que encuentra en su camino.

Caminara mucho o poco, al final llegó a la nueva hacienda. Quería ir directamente a casa del señor, pero el lacayo no le dejó pasar.

– ¿Has perdido algo por aquí, vagabundo?

Y soltó a los perros de sus cadenas. Esteban sacó una rebanada de pan de su bolsa y se lo tiró a los perros que al instante dejaron de ladrar. Esteban se volvió a acercarse a la entrada.

– ¿Qué es lo que quieres? - grita el lacayo.





– El propio señor vive aquí.

Esteban le dice al lacayo con todo respeto:

– Así es, mi estimado señor, justo lo estoy buscando a él. Vine a verlo de su vieja hacienda.

El lacayo viendo el respeto, ya le bajó un poco el coraje.

– Está bien, – dice, – le voy a decir. Pero dime una cosa, ¿cómo supiste que yo también era un señor?

– ¡Así de fácil! – dice Esteban. – Por lo que veo, eres no tanto un señor como un señorito, tienes tu frente bajita y tu nariz mojadita, así que deduzco que le lamiste al señor sus trastecitos.

El lacayo se enfureció, agarró a Esteban por el cuello y empezó a pegarle. El señor lo vio desde la ventana y llamó al lacayo.

– ¿De dónde salió este paisanote? – le pregunta.

– Sepa Dios, su excelencia, ha de ser un vago de la antigua hacienda de su excelencia, – contesta el lacayo inclinándose hasta el piso.

El señor recordó que ya hacía mucho tiempo que no iba a su antigua hacienda.

– Dile que pase, – le ordenó al lacayo. Ése se fue corriendo a decirlo. Mientras tanto, Esteban sacó su bolsa de tabaco y llenó su pipa. Encendió la pipa. Estaba fumando, sentado en la entrada y escupiendo en los limpios escalones del porche.

– Ya vete a la sala, ¡te habla el señor! – le dice el lacayo.

– Ni modo que tenga fiebre, qué aguante tantito, – responde Esteban y sigue fumando.

– ¡Apúrate! – el lacayo se pone nervioso. – El señor te va a matar a latigazos...

– Tú tranquilo, yo nervioso. Acabo la pipa y voy. El señor sigue esperando y con cada minuto se enoja más. Nuevamente pregunta al lacayo:

– ¿Por qué hasta ahora no viene el mugroso?

– Es que está fumando su pipa, su excelencia.

El señor se enfureció:

– ¡Tráemelo para acá a patadas!

Esteban terminó su pipa, le quitó la ceniza de un golpe, muy tranquilo la escondió en su bolsillo y se dirigió en silencio a la sala de su señor. El lacayo está corriendo delante de él abriéndole las puertas.

Esteban entró a la sala y de repente le dio tos después de un tabaco tan fuerte. Tose y tose, y el dueño esperando, sólo le están saliendo los ojos de tanto enojo.

– ¡Buenas tardes, su excelencia

– ¿Qué quieres? – frunció el ceño el señor.

– Todo está bien, su excelencia.



– ¿Y después de lo bueno qué?

– El mayordomo fue el que me envió. Lo que pasa es que el cortaplumas de su excelencia se rompió.

– ¿De qué cortaplumas me estás hablando?

– Ha de ser el mismo que usaron para afilar las plumas de su excelencia.

– ¿Y cómo lo rompieron?

– Así que, su excelencia, cualquier herramienta se desgasta durante el uso.

Así fue con el cortaplumas de su excelencia. Queríamos despellejar a una perra de su excelencia para hacerle unas botas, así que tuvimos que utilizar su cortaplumas. Pero la piel de la perra resultó demasiado dura. Así que el cortaplumas se rompió.

– ¿Cuál perra? ¿Qué me estás diciendo estupideces, idiota? – El señor gritó y estuvo a punto de ordenar a los criados a llevar a Esteban al establo para darle latigazos. Pero Esteban continuó su historia:

– La perra sabuesa de su excelencia, aquella misma, quizá el señor lo recuerde, que una vez saltó a un pozo. Y Mikitka fue enviado a sacarla, por lo que él se ahogó allí. Es la sabuesa que su excelencia siempre llevaba a la cacería. Parece, si no mal recuerdo, que su excelencia pagó con tres hombres por aquella perra...

– ¿Entonces resulta qué mi mejor sabuesa se murió?

– Así es, su excelencia, se murió.

– ¿Y por qué se murió?

– Nada más por haberse atascado de carne de caballo.

– ¿Cuál carne de caballo? ¿De dónde sacó tanta carne para atascarse?

– Es que la carne de uno de los caballos de su excelencia.

– ¿Cuál de todos?

– El caballo de pelaje negro, con un asterisco en la frente.

– ¿Él también se murió?

– Así es, su excelencia, se murió. ¡Qué lástima, estuvo bueno el caballo!

– ¡Oh, qué desgracia!

– No tiene por qué estar tan triste, su excelencia. Esto ya es predestinado: si nace un potrillo con asterisco en la frente, quiere decir que se muera por su cuenta o lo matará un lobo.

– ¿Y por qué se murió?

– Ha de ser por el cansancio.

– ¿Cómo por el cansancio? ¿Ustedes lo estaban utilizando para trabajar?

– No, su excelencia, ni siguiera lo han montado, permanecía en el establo todo el tiempo.

– ¿Entonces, qué le pasó?

– Se transportaba agua en él, su excelencia.

– ¿Para qué demonios necesitaron transportar agua?



– Por algo dice la gente, su excelencia, que para un ahogado incluso una ramita le sirve para salvarse. Es que cuando se incendió la pocilga de su excelencia, el mayordomo ordenó utilizar también al caballo del señor para llevar agua.

– ¿O sea, qué, también se quemó la pocilga?

– Completamente, su excelencia, se hizo cenizas.

– ¿Y por qué demonios se incendió?

– Lo que yo pienso, ha de ser por estar cerca del establo de vacas y de ahí se le prendió fuego.

– ¿Así que mi establo de vacas también se quemó?

– Tiene toda la razón, su excelencia, como una velita.

– ¿Y él por qué se incendió?

– Esto, su excelencia, nadie sabe exactamente. Puede ser que el fuego vino del granero o de la casa.

– ¿Oh, resulta que también se quemó la casa?

– Se quemó, su excelencia, totalmente, como si nunca estuviera.

– ¿O sea, toda la hacienda se quemó?

– Todita, su excelencia: se quedó todo plano y vacío, como para sembrar.

El señor se agarró de la cabeza y se puso a lamentar.

– ¿Pero cómo por qué se incendió mi casa? – pregunta.

– Por las velas, su excelencia.

– ¿Y para qué encendieron las velas?

– Es obvio, su excelencia, se suele encender velas si hay un difunto en casa.

– ¿Cuál difunto?

– Qué descanse eternamente en paz su esposa. La señora fue la que falleció.

– ¿Qué, qué pasó? ¿Qué estás diciendo...? ¿Se murió mi señora?

– Así es, su excelencia, qué de Dios goce...

Al oírlo, el señor se cayó del sillón. Y Esteban encendió su pipa y se fue a casa.



El herrero y El Mal Tuerto.

Érase una vez un herrero y tenía tres hijos. Uno era sastre, el otro era zapatero y el tercero era herrero como su padre. Han vivido mucho tiempo, pero nunca han visto el mal.

A los hijos les dio curiosidad: todo el mundo habla del mal y ellos ni saben qué es. Decidieron ir a buscar el mal. Llegan a una cantina y ven allí muchos hombres pobres y desgraciados...

Uno de estos hombres dice:

– ¡Qué mal, ni para el pan tengo!

El otro dice:

– ¡Qué mal! Los lobos mataron a mi vaca.

El tercero:

– ¡Qué mal! El oso destruyó mis colmenas.

Los hijos del herrero ven, escuchan todo esto y les da sorpresa: ¿cómo por qué toda esa gente es tan infeliz? A ellos siempre les iba bien y nunca habían visto el mal alguno. Se quedaron un rato en la cantina y continuaron su viaje en busca del mal.

Llegaron a un bosque. Y en el pleno bosque fueron atacados por unos bandidos. ¡Qué mal! ¿Cómo sería posible salvarse de ellos? Bueno, de alguna manera se salvaron, aunque ellos también se quedaron un poco lastimados. Siguieron su camino y se adentraron aún más en el bosque. Anduvieron por el bosque hasta llegar a una cabaña.

Hay una piedra enorme a un lado de la entrada. Entraron a la cabaña: no hay nadie.

Revisan la estufa: mira, dentro de ella está horneando un borrego entero. Y por la cabaña andan tres ovejas. Los hermanos sacaron el borrego del horno y se sentaron a cenar.

Mientras cenaban, llegó a la entrada un hombre feo, gigantesco y tuerto. Se dio cuenta de los hermanos y se dirigió a ellos:

– ¡Qué bueno, ya llegaron, ahora aguántense tantito! Qué exquisita será mi cena, – dijo esto, tapó la puerta con la enorme piedra y se fue Dios sabría a dónde.

Ese gigante era El Mal.

Los pobres hermanos se recobraron un poco después de tanto susto y dijeron:





— Resulta que este es El Mal mismo. ¿Para qué demonios habíamos salido de nuestra casa, qué vamos a hacer y cómo vamos a salvarnos?

Intentaron quitar la piedra de la puerta, ¡pero ni cómo! Era tan enorme y pesada que resultó imposible moverla ni un paso. Después quisieron salir por la ventana, pero las ventanas eran muy pequeñas, no se podría ni asomar la cabeza. ¡Al parecer, viene su final! De repente oyeron unos pasos pesados: regresa El Mal Tuerto y dice:

— ¡Qué feliz me siento! Al salir, no he dejado nada para la cena y de repente los encontré a los tres: ya tendré algo para botanear. ¿Quién eres? — le pregunta a uno de los hermanos.

— Soy zapatero.

— Todavía sirven mis botas, no me urge el zapatero, — dijo El Mal Tuerto, agarró al zapatero por las piernas y lo metió en el horno caliente.

El zapatero se está horneando y otros dos hermanos temblando, muertos de miedo.

— ¿Y tú a qué te dedicas? — le pregunta al otro hermano.

— Soy sastre.

— ¡Tampoco te necesito a ti! — gruñó El Mal y lo metió al horno. Ya están los dos horneándose, sólo se queda uno.

— ¿Y tú quién serás? — pregunta El Mal.

— Soy herrero.

— Oh, si realmente lo eres, ¡qué bueno!, — dice El Mal. — De pura casualidad, ¿no podrás instalarme el ojo faltante?

— Sí, cómo no, si quieres, te lo pongo. Lo único que necesito es un lazo y una barrilla metálica. Es que hay que amarrarte para que estés quieto, ya ves que es un poco doloroso.

Hay que saber que el herrero era muy astuto. El Mal Tuerto salió de la casa, trajo el lazo y la barrilla. El herrero lo ató con el lazo y dice:

— Ahora intenta liberarte.

El Mal hizo un esfuerzo y rompió el lazo. El herrero dobló el lazo y volvió a atar al Tuerto.

— A ver, intenta de nuevo.

Otra vez El Mal intentó liberarse y no pudo romper el lazo. El herrero puso la barrilla en el fuego y la calentó hasta el color rojo. Después sacó la barrilla del fuego y le dice a El Mal:

— A ver, quieto, te voy a instalar el ojo, — y le metió la barrilla caliente en el ojo sano.

El Mal gritó en voz salvaje:

— ¿Pero qué hiciste? ¿Para qué me quitaste el ojo que veía? ¡Ya verás, maldito, no vas a salir vivo de este lugar! ¡Te voy a encontrar aún a ciegas! — y se puso a buscar al herrero por toda la cabaña tratando de captarlo.



El herrero, medio muerto del susto se metió en un rincón e intenta no respirar. El Mal lo busco un rato más, pero en vano. Lo único que encontró eran sus ovejas. Entonces El Mal se sentó en la entrada y dice:

– Sea como sea, vas a tener que salir por la puerta. Aquí me quedo y caerás directamente en mis garras.

El herrero salió silenciosamente de su rincón, agarró a una oveja y se la aventó a El Mal directamente en sus manos. El Mal palpó al pobre animal y se dio cuenta que era oveja.

Entonces la lanzó para afuera y siguió esperando. El herrero hizo lo mismo con la otra oveja. El Mal también lanzó a la otra oveja para afuera. Entonces el herrero encontró un viejo abrigo de piel, lo volteó pelos afuera y se lo puso así. Al hacerlo, se metió en las manos de El Mal. El Tuerto, pensando que era la tercera oveja, lo lanzó fuera de la casa.

– ¡Muchas gracias, Tuerto, por dejarme ir! – le gritó el herrero ya desde lejos.

– ¡Qué lleven los demonios a tu padre y a tu madre! ¿En qué momento te dejé salir? Al parecer, tienes mucha suerte, de lo contrario no hubieras salido vivo de aquí. Pero ahora ya qué, lárgate. Sólo te voy a pedir una cosa: si vas a pasar cerca de un tronco enorme de árbol, no te lleves mi hacha. Está por allí, tiene su cuchilla de oro y su culata de plata. Déjamela a mí, no te la lleves.

– ¡Ja, ni lo esperes! Claro, si la encuentro, me la voy a llevar.

Va caminando y ve un tronco enorme de árbol. En este tronco está clavada un hacha con la cuchilla de oro y la culata de plata. ¡Y tan bonita qué se ve! El herrero agarró el hacha por el mango y su mano se quedó pegada. Intentó de una y de otra manera, no puede despegar el mango de su mano. Y oye a El Mal correr hacia él. ¡Jala y jala su mano y no se despegar del hacha! ¡Y El Mal Tuerto se le está acercando!

– ¡Caíste! ¡Ya no volverás a escapar! — grita El Mal, ya percibiendo el olor de su víctima.

¿Qué le quedaba hacer al pobre herrero? Encontró una navaja en su bolsillo, la abrió y se cortó la mano pegada al mango. Se echó a correr y todavía se quedó muy feliz por haber pagado el precio tan bajo por su vida.

Después de todo lo sucedido ya no quiso buscar el mal por haberlo conocido.



De este cuerno que salga lo bueno.

Érase una vez un anciano y su anciana. Vivían en pobreza. ¿De qué otra manera podrían vivir? No podían trabajar por estar viejos y débiles, lo único que ganaban era lo de la limosna.

Llegó la primavera. La gente comenzó a sembrar.

Entonces la viejita le dice a su marido:

– Oye, viejo, ¿qué tal si siembres un poco de mijo? He escondido un puño para sembrar de lo que teníamos en la jarra. Podríamos preparar un poco de papilla, es que el pan seco que nos dan de limosna es muy duro para nuestros dientes.

– Está bien, – contesta el viejito, – voy a sembrar.

Cavó un cacho de tierra cerca del arbusto y sembró un puño de mijo.

El mijo brotó y empezó a crecer. El sol lo calienta, la lluvia lo riega. ¡Tan felices que están los viejitos!

Fue una vez el ancianito a revisar su mijo y vio a una grulla pasear en él.

– ¡Fuera, fuera, vete de aquí! – el viejo gritó a la grulla. – ¡Qué lugar encontraste para pasear!

La grulla abrió sus alas y se fue volando.

El abuelo miró y vio que todo su mijo había sido arruinado, pisoteado y aplastado....

Se puso muy triste. Llega a casa y le dice a su esposa:

– El mijo dio una buena cosecha, pero el problema es que una grulla se metió en el campo y lo arruinó todo, pisoteándolo con sus largas patas. Y ya no hay nada para cosechar.

La viejita también se puso muy triste, incluso lloró. Y después dice:

– Oye, viejo, y antes eras un buen cazador. Y tu escopeta está tirada en el altillo. Agárralo y ve a disparar a aquella grulla malvada. Comeremos carne en lugar de papilla.

El viejo le hizo caso: sacó su escopeta del altillo, la limpió, la llenó de perdigón y se fue a su terreno.

Llega y ve que la grulla se metió nuevamente a su campo. Ya está pisoteando el resto de su mijo. El anciano se puso furioso, levantó la escopeta y ya estaba a punto de dispararle a la malvada.

Pero ella levantó la cabeza y dijo con voz humana:





– ¡Espérate, abuelito! ¿Qué crees que estás haciendo?

– ¡Te quiero disparar! – dice el anciano. – Has pisoteado todo mi mijo con tus patotas.

Y la grulla le dice:

– No sabía que era tu mijo, abuelo. Pensé que era el mijo de tu arrendador.

Perdóname.

– ¡Cómo perdonarte! – dice el viejo. – Es que no tengo nada más, toda mi esperanza le puse a este mijo. Y ahora tendremos que morir de hambre por tu culpa.

La grulla escuchó la queja del anciano.

– Ya qué, si eres tan pobre, – dice, – espérame tantito. Te voy obsequiar algo por tu mijo.

Movió sus alas y se fue volando detrás de los arbustos.

El abuelo se quedó allí con su escopeta pensando: “Al parecer, la grulla me vio la cara. Debería matarla. ¿Ahora qué le voy a decir a mi vieja?”

Pero en el momento de pensarlo, la grulla salió volando de los arbustos, sosteniendo una bolsita en su pico.

Llegó volando y se lo entregó al viejo.

– Ten, – dice, – abuelito, es por tu mijo.

El abuelo miró la bolsa de reajo: ¡un simple morral de pobre! Movié la cabeza y dice:

– ¿Para qué la necesito? Ya tengo bastante con las mías, hermana. Soy un pordiosero. Y el morral de un pobre, ya sabes, es todo lo que tiene.

– Ten, abuelito: una como ésta no la tienes. Es una bolsita mágica. Todo lo que tienes que hacer es ponerla delante de ti y decir: “Bolsita, bolsita, ábrete, desenvuélvete, tráeme comida, tráeme bebida”, y todo esto va a aparecer en un santiamén. Y al llenarte, dile: “Bolsita, bolsita, ciérrate, envuélvete, quita la comida, quita la bebida”, y la bolsita volverá a ser como antes.

– Si es así como tú lo dices, pues, muchas gracias, – dijo el viejo, aceptó el regalo y se fue a su casa.

El abuelo se puso ansioso por saber si la grulla le había dicho la verdad sobre la bolsita. Se sentó al borde del camino, puso la pata la bolsa sobre sus rodillas y dijo:

– ¡Bolsita, bolsita, ábrete, desenvuélvete, tráeme comida, tráeme bebida!

¡Qué milagro se hizo! En un santiamén apareció una mesa ante él, y tan rica que ni en casa de un señor se verían esos platillos: panes y pasteles, carne horneada y carne guisada, dulces y vinos...

– Bien que hizo la grulla, resulta que no era tramposa! – el viejito se sintió feliz.

Comió y bebió, luego le dijo a la bolsita que se envolviera, la recogió y, muy contento, siguió su camino. Llega a su casa:

– ¿Estás bien, vieja?



– ¡Bien, bien! ¿Y tú? Tanto tiempo que no estuviste. Creí que te habían comido los lobos o que te habían matado los osos, que ellos te habían arrastrado al musgo para comerte después.

– No, vieja, no me habían comido los lobos, tampoco me habían matado los osos, sino nos traje pan y sal que nos alcance con abundancia hasta de por fin de nuestras vidas. Siéntate, vieja, vamos a cenar.

El abuelo sacó la bolsita, la puso sobre la mesa y dijo las palabras necesarias. Los ojos de la viejita se desorbitaron: no sólo apareció la comida abundante sobre la mesa, sino que incluso su choza se iluminó más...

– ¿De dónde lo sacaste, viejo?

– Me lo dio la grulla que me mandaste a matar.

– ¡Ay, ay! – la anciana se agarró la cabeza. – ¿Cómo para qué matar al pájaro tan generoso?

La viejita se llenó y le dice al viejo:

– Vamos a invitar a la gente.

– ¿Cuál gente?

– A todos los que no tienen nada de comer.

– Invítalos, – aceptó el abuelito.

La ancianita recorrió toda la aldea invitando a todos los pobres.

A los invitados les encantó la bolsa mágica. Ahora todos los días iban a casa de los viejitos a comer algo.

Un día al mayordomo del señor de aquella aldea había llegado el rumor sobre la bolsita mágica y se lo contó a su dueño.

– ¡Es imposible que un pordiosero vagabundo coma y beba mejor que yo! – se enfureció el envidioso señor.

Mandó a preparar su carruaje y se fue a la casa de los ancianos.

– A ver si es cierto, – dice, – platica la gente que tienes una bolsita que da de comer.

El anciano no sabía mentir y dijo la verdad.

– A verla...

El viejito puso la bolsita sobre la mesa y le ordenó que se desarrollara.

El señor se quedó con los ojos desorbitados: ¡ni siquiera sus cocineros saben preparar esos platillos!

– Regálame la bolsita, – el señor le pide al viejito. – Tú no necesitas estos platillos, eres pobre y ellos son para los ricos como yo. Y a mí me visitan incluso los duques y condes. Les voy a invitar estas golosinas.

– No, – dice el anciano, – no te la puedo regalar: ¿quién va a dar de comer a mí y a mi vieja?

El señor dice:

– Te enviaré un cargamento de comida simple: pan, papas, manteca de cerdo...



Y no se despegaba el señor del abuelito, pide y pide.

– Si no me la das a buena voluntad, te la quitaré a la fuerza y aparte te voy a correr de mi terreno a latigazos.

Bueno, no puede discutir uno con el arrendador. Ya que, el viejo tuvo que regalarle la bolsita al señor.

El señor vuelve a su hacienda, vive allí a todo dar, se divierte, a diario tiene invitados: la bolsita es su fiel servidora.

Y ni siquiera se acuerda de los ancianos.

Los viejitos se la pasan esperando el pago por la bolsita que les prometió el arrendador.

– Quizá se ha olvidado del trato, – dice la viejita. – Ándale, viejo, vete a recordárselo.

El anciano llega a la hacienda del señor y aquel no quiere ni hablar.

– No tengo nada para ustedes. ¡Váyanse a pedir limosna!

– Entonces regrésememe mi bolsita, señor, — dice el viejo.

– ¡Cómo te atreves, viejo vagabundo, sinvergüenza! – se enojó el arrendador.

– ¡Ya vas a ver tu bolsita! ¡Hey, muchachos, pónganle veinticinco latigazos a este limosnero para que no vuelva a venir!

Los siervos del señor agarraron al anciano, lo golpearon y lo tiraron fuera de la hacienda.

El abuelito volvió a casa. Le contó a su esposa sobre el pago que había recibido del arrendador. Ella lloró, lo regañó y al final le dijo:

– Ándale, viejo, ve a buscar a la grulla buena y a ver si te regala otra igual.

El viejo le hizo caso y se fue al campo. Se sienta en el mijo y espera. De repente ve a la grulla volar. El abuelo le grita.

– Oye, hermanita grulla, el arrendador me quitó tu maravillosa bolsita. Además, sus siervos me pusieron latigazos. ¿Ahora cómo vamos a vivir mi vieja y yo? ¿Quizás podrías regalarme otra bolsita como aquella?

La grulla se quedó pensativa y un rato después dice:

– No, no tengo otra igual. Mejor te voy a dar un cuerno de regalo.

Voló detrás de unos arbustos y volvió con un cuerno de plata en su pico.

– Ten, – dice, – esto es en lugar de tu bolsita.

– ¿Y qué tengo que hacer con él? – pregunta el anciano.

– Ve a ver al señor con este cuerno. Luego vas a decir: “¡De este cuerno que salga lo bueno!” Y después de ver satisfecho al señor, di las palabras: “¡Todo lo bueno que regrese al cuerno!”

Así dijo la grulla y se fue volando.

El viejo miró al cuerno plateado, lo volteó varias veces en sus manos y pensó: “He de haber recibido algo sofisticado de la grulla. Pero qué tal si por este cuerno me den otros latigazos...”



El viejo se va a casa y piensa en el cuerno: ¿debería llevárselo al arrendador o no?

Y en el camino encuentra al mayordomo del señor.

– ¿Dónde has andado, viejo? - pregunta el mayordomo.

– Fui a ver a una grulla, su señoría, a una conocida mía.

– ¿Y qué te dio tu grulla conocida?

– Nada más que un cuerno de plata.

– A verlo.

El viejito sacó el cuerno del bolsillo y se lo enseñó al mayordomo.

– ¿Cómo funciona? – pregunta el mayordomo.

– Pues, no funciona, – contesta el anciano.

– ¿Cómo qué no funciona? Estás ocultando algo, viejo. ¿Y si derrama monedas de oro?

– Tal vez... ¿Quién sabe?

– Entonces, ordena que derrame monedas de oro, – el mayordomo no suelta al viejito.

– Puede ordenárselo usted solo, su señoría.

– ¿A ver, cómo le hago?

– Su señoría debe decir: “¡De este cuerno que salga lo bueno!”

– ¡De este cuerno que salga lo bueno! – gritó el mayordomo que era muy sediento de dinero.

De repente, doce muchachos con látigos aparecieron del cuerno y empezaron a dar latigazos al mayordomo.

El mayordomo chilló como perro, se puso a rogar al viejito:

– ¡Ya cálmalos, viejo, es que me van a matar!... Y el abuelo se está muriendo de risa:

– No seas tan chismoso y envidioso. ¡No te metas en el mijo ajeno!

Y los muchachos le siguen poniendo moretones al mayordomo.

Al final, dice el abuelito:

– ¡Todo lo bueno que regrese al cuerno!

Y los muchachos al instante se escondieron dentro del cuerno.

“Bendita sea la grulla, ¡ahora entiendo para que me dio este cuerno!” – el viejito soltó una sonrisa se dirigió a la hacienda del señor.

Al llegar, ve la casa del arrendador llena de invitados. Todos comen y beben, cantan y bailan. Y su bolsita está sobre la mesa.

– ¿Qué dices, anciano? – pregunta el señor.

– Vine por mi bolsita, su excelencia.

– ¡Ja, ja, ja! – el señor se rio a carcajadas. – ¡Miren a ese viejo estúpido! ¡Quiere más latigazos! ¡Hey, muchachos, pónganle al viejo tonto unos veinticinco más, y háganlo delante de todos mis invitados!

Los siervos agarraron al viejito y lo aventaron en el piso.



Y el viejito, mientras tanto, sacó del bolsillo su cuerno de plata y gritó:

– ¡De este cuerno que salga lo bueno!

Doce muchachotes con látigos saltaron del cuerno y empezaron a aventar latigazos a los siervos, al señor y a sus invitados.

El que se llevó la mayor parte de latigazos fue el señor, es que el anciano se puso al lado dando órdenes:

– ¡A los siervos uno! ¡A los invitados dos! ¡Al señor denle tres!

Y los muchachos hacían lo que su abuelo les ordenaba.

Gimió y chilló el señor, y entonces vio que no había forma de escapar.

– ¡Quédate con la bolsa, viejo, pero calma ya a tus muchachos!

– Deberías haberlo dicho hace tiempo, tu excelencia, – el viejo sonrió. – Pero ya no te alcanza pagarlo sólo con una bolsita que ni siquiera es tuya.

– ¿Qué más quieres? Te daré un caballo, una vaca...

– No, tu excelencia, eso tampoco es suficiente.

– ¡Ay, ay! – chilla el arrendador. – Anda, rápido, dime que más quieres, si no, tus muchachos me van a matar a latigazos.

– Si quieres vivir, – dice el abuelito, – ¡deja tu terreno a los pobres y huye a donde quieras!

El señor chilló más fuerte que antes:

– Ay, no, ¿cómo voy a quedarme sin mi terreno?

– Si no quieres, haz lo que quieras, – dice el anciano. – ¡Hey, muchachos, denle más latigazos al señor!

Los muchachos dejaron en paz a los invitados y a los siervos y siguieron golpeando al arrendador.

El señor se retorció bajo los latigazos como una lombriz y, al final, no aguantó:

– ¡Quédate con el terreno!

– Muy bien. Pero no hagas trampas, tu excelencia, o tengo un remedio para ti, – se ríe el viejo. – ¡Todo lo bueno que regrese al cuerno!

Y los muchachos se escondieron dentro del cuerno al instante. El abuelo se metió el cuerno en el bolsillo y dijo:

– Mañana vendré a ver: si no te vas, volveré a enviar a mis ayudantes por tu alma.

Y se fue a casa muy contento con su cuerno y su bolsita.

Al día siguiente, apenas amaneció, el señor se fue de su hacienda temiendo que el viejito y sus muchachos volvieran por él.



La gente tonta.

Érase una vez un hombre con su esposa y con su hija. Ese hombre una vez le dice a su esposa:

– ¿No será el tiempo para qué nuestra hija se case?

La esposa dice:

– ¡Claro qué sí!

Y su hija se casó con un muchacho que antes había sido un soldado.

Una vez el yerno se fue al campo a arar la tierra, su suegro se quedó en casa y la suegra comenzó a encender el horno para hacer pan. Y su hija se fue al molino para hacer harina. Está moliendo el trigo y de repente se sale volando el eje del molino: una barrilla metálica, larga y pesada. La muchacha se rompió a llorar. Lloro y dice:

– ¿Y qué tal, si hubiéramos tenido un hijo, y ese hijo nuestro hubiera sentado cerca del molino? ¡La barrilla lo habría matado!

Su madre le pregunta:

– ¿Qué te pasó, mi hija, por qué estás llorando?

– Estoy llorando por tal cosa de que si hubiera tenido un hijo y lo hubiera dejado cerca del molino, ¡la barrilla lo habría matado!

La mamá se puso a llorar también. Están las dos llorando. Llega el suegro.

– ¿Qué les pasó, por qué están llorando?

Su esposa le dice:

– Es que si nuestra niña hubiera tenido un hijo y lo hubiera dejado cerca del molino, ¡la barrilla lo habría matado!

El suegro se sentó a su lado y se puso a lamentar también. Están los tres llorando. Y el yerno en el campo esperando que le traigan su almuerzo. Pero nadie viene. Llega a su casa ve a toda la familia llorar. Ellos también lo vieron y empezaron a regañarlo:

– ¿Y tú por qué no pusiste bien el eje del molino? ¡Nuestra hija estaba moliendo y el eje se salió volando! ¡Imagínate si hubiera matado a su hijo!

– ¿Cuál hijo, si no tenemos hijos todavía?

– Pues, el hijo que ustedes habrían podido tener...

El yerno se enojó, aventó su gorro en el piso y se fue de la casa:

– ¡Tan tontos qué son, ni ganas me dan de vivir con ustedes!

Va caminando y ve a una familia almorzar en el patio: comen atole con pan. Hacen un trago de atole y van a la cocina para hacer una mordida de pan, después regresan al patio y vuelven a hacer lo mismo.





Un trago de atole, luego a la cocina y de nuevo. El soldado dice:

– ¿Qué es lo que están haciendo?

– ¿No lo ves? Estamos comiendo pan con atole.

– Qué raro lo hacen... Por cada mordida de pan regresan a la cocina... Si me regalan un poco de pan con atole, les voy a enseñar cómo hacerlo más cómodo.

– ¡Oh, qué bueno! ¡Agarra el pan con atole, pero enséñanos cómo comer!

El soldado entró a la cocina, puso todo el pan en una canasta y la llevó al patio. La colocó sobre la mesa y todos, muy sorprendidos, comieron bien sin necesidad de correr a la cocina por cada mordida de pan. El soldado también comió, les dio las gracias a todos y siguió su camino.

Va caminando, ya es hora de merendar. Entra a la primera casa que ve y observa: en el techo de la casa están dos viejitos tratando de subir a una vaca al techo. La vaca tiene un lazo amarrado en sus cuernos y los viejitos jalando.

– ¿Qué están haciendo?

– ¿Estás ciego qué no ves? Mira que pasto creció en el techo: verde y jugoso. Entonces queremos subir a la vaca al techo para que disfrute el pasto.

Dice el soldado:

– Si me invitan a merendar con ustedes, les enseñaré qué es lo que hay que hacer.

– Claro, ve a merendar con nosotros, sólo enséñanos.

El soldado pidió una hoz, cortó todo el pasto en el techo y le dio a la vaca. Y los viejos le dieron una buena merienda. El soldado se llenó y siguió su camino. De repente, ve a unas personas construir una casa. Pero lo hacen de una manera muy extraña: agarran un tronco de dos lados y lo están jalando cada uno por su lado. El soldado les dice:

– ¡Muy buenas tardes! ¿Qué están haciendo, señores?

– ¿No lo ves? El tronco es muy corto, no alcanza, entonces queremos extenderlo un poco.

Les dice el soldado:

– Se lo puedo extender por un pago moderado.

– Está bien, te pagamos cuánto quieras.

El soldado encontró un tronco más largo de los que estaban tirados en el patio, lo midió, lo trabajó con un hacha y el tronco quedó como si siempre hubiera estado allí. Le pagaron dos monedas.

El soldado, muy contentó siguió su camino. De repente ve una casa recién construida y a un hombre con una cubeta llevando algo del patio a la casa.

– Buena tarde, — dice el soldado. — ¿Qué está usted haciendo?

– Mira, he construido una casa, pero no hay luz adentro. Lo que hago es agarrar la luz del patio con la cubeta y llenar mi casa de luz.

– Por unas moneditas, — dice el soldado, — te lleno tu casa de luz más rápido.



– Está bien, de acuerdo.

El soldado tomó su hacha, hizo ventanas y la casa se llenó de la luz. El dueño le pagó tres monedas y el soldado, muy feliz, siguió su camino. Ya es tarde, está anocheciendo. Toca la puerta de una cabaña.

– ¡Buenas noches, señores! Ya es tarde, ¿no me dejarían pasar una noche en su casa?

– Sí, está bien.

El soldado se quedó en esta casa. Y el dueño le dice a su esposa:

– Oye, vieja, hay que matar al borrego.

Trajeron al borrego y quieren matarlo y el borrego les está viendo a los ojos.

La esposa le dice a su marido:

– ¿Cómo lo vamos a matar, si nos está viendo en los ojos?

El soldado dice:

– Yo lo puedo hacer, tan sólo por la cabeza del borrego.

– ¡De acuerdo, hazlo!

El soldado apagó el fuego de la chimenea y se hizo oscuro. Mató al borrego a ciegas.

El día siguiente tomó la cabeza del borrego y siguió su camino hasta llegar a una casa. Ve a los hijos del terrateniente trillando trigo y dice.

– Buenos días, ¿no habrá posibilidad de quemar el pelaje de la cabeza de borrego aquí?

– Aquí no se puede. Ve a la casa, ahí está nuestra madre encendiendo la estufa, pídelas a ella.

Entra el soldado y dice:

– Tus hijos dicen que te puedo quemar el pelaje de la cabeza...

La mujer se puso a chillar:

– ¡Auxilio, el soldado me quiere quemar la cabeza! ¡No lo hagas, por favor, ten piedad de mí! ¡Llévate todo lo que quieras, pero no me quemes la cabeza!

– Está bien, – dice el soldado. – Dame cien monedas por no hacerlo.

Ella le dio cien monedas y el soldado se fue. Llegan los hijos de la era y su madre les pregunta.

– ¿Para qué le dijeron al soldado que me quemara la cabeza?

– Pero él pidió quemar la cabeza de borrego, no la tuya. ¡Te estafó!

El hijo mayor subió a su caballo y se fue a alcanzar al soldado. El soldado, mientras tanto, se puso la ropa al revés y siguió caminando. El hijo lo alcanza y dice:

– ¡Buen día, hombre! ¿No has visto a un soldado pasar por aquí?

– Claro, — contesta el soldado. — Se fue para allá, hacia el bosque.

El hijo se acerca al bosque y ve que es imposible pasar con el caballo. Regresa y dice al soldado:

– Oye, ¿me harías el favor de sostener mi caballo? No puedo pasar el él por el bosque y me urge atrapar al soldado.



El hijo se adentró al bosque y el soldado mientras subió a su caballo y se dirigió hacia su hogar.

Sus suegros vieron cuánto dinero traía su yerno y les dio curiosidad de dónde había sacado tanto. El suegro le pregunta:

– Oye, yerno ¿qué hiciste para ganar tanto dinero y además un caballo?

– Ah, – se ríe el soldado, – fui a moler maíz, después hice el atole, y este atole lo vendí en el mercado. ¡Así fue como gané tanto dinero!

A la suegra le dio envidia. Molió un costal de maíz, de todo hizo el atole y le dice a su esposo:

– ¡Llévatelo al mercado a vender!

El suegro subió el envase con atole a la espalda para llevarlo más cómodo. Y la suegra dice:

– ¡Pero no vayas a pasar a la cantina, no gastes toda la ganancia para el aguardiente! Trae todo el dinero a la casa.

El suegro se emocionó: ¿cómo es posible que su vieja le diga eso? Se puso de rodillas como en una iglesia y empezó a jurar:

– ¡Qué me lleve el diablo si lo gasto todo el dinero a la borrachera!

Y tocó la tierra con la frente. El envase se abrió y todo el atole se derramó por la cabeza del suegro.



El dueño y el narrador.

Érase una vez un señor rico al que le encantaba escuchar cuentos de hadas. Y cada cuento, aún el más increíble, lo consideraba verdad.

Una vez le llegó el capricho escuchar un cuento que no creería. Así que anunció por todas partes: “Si alguien me cuenta un cuento tal que yo diga: “¡Mentira!”, le daré un plato de lleno de monedas de oro”.

Por fin se encontró un narrador suficientemente atrevido. Se llamaba Yanka. Llega a la casa del señor y dice:

– A ver, pon un plato lleno de oro en el suelo y te contaré el cuento que buscas.

El señor puso el plato lleno de oro en el suelo, se sentó en un sillón y encendió su pipa larga alistándose para escuchar.

– Ahora sí, cuéntame. Pero ten cuidado, si no, vas a recibir latigazos en vez de oro.

Yanka se puso en cuclillas en frente del plato y comenzó su narración:

– ¡Qué cosas pasan a veces en este mundo, mi señor! Mire lo que me sucedió una vez. Cuando pasó esto, mi padre aún no había nacido. Yo entonces vivía con mi abuelo. No había nada que hacer en casa, así que mi abuelo me envió con un señor a pastorear abejas. Y ese señor tenía hasta cincuenta colmenas de abejas. Había que contar a cada abeja por la mañana todos los días y llevarlas a pastar. Y por la tarde, regresarlas todas intactas, volver a contarlas, ordeñarlas y meterlas a sus colmenas.

Y el dueño me lo dijo claramente: “Si pierdes una sola abeja, no te pagaré por todo el año”. ¡Muy duro que fue el trabajo!

– Sí, cómo no, – aceptó el señor. Yanka miró de reojo al plato lleno de oro y continuó su historia:

– Un día junté a todas mis abejas en el prado para regresarlas, las conté: y vi... ¡falta una abeja! ¡Dios mío, qué desgracia! Volví corriendo a buscar a la abeja.

Y ya empezó a anochecer. Anduve por aquí y por allá y mi abeja no estaba. De repente oigo el rugido de una abeja en alguna parte. Más allá del río, siete lobos habían atacado a mi abeja. Y ella, la pobrecita, estaba luchando contra ellos como podía, no se dejaba. Corrí a su rescate. Llegué a la orilla del río: no había como cruzarlo. ¿Qué hago? Los lobos estaban a punto de desgarrar a mi abejita. Sin pensarlo mucho, me agarré por el cabello... ¡y me lancé a mí mismo a través del río! Pero no llegué a la otra orilla: me caí en medio del río y me hundí como una piedra. Al retomar la conciencia, empecé a buscar un camino a la superficie.





Para mi suerte, alguien había encendido una fogata en el fondo del río y el humo era tan denso hasta sacarme lágrimas. Incluso los peces estornudaban. Por eso no podía ver el camino, a causa del humo.

Entonces seguí mi camino a ciegas y de repente me topé con un oso. Quise agarrarle la cola, pero él se volteó hacia mí. Le metí la mano por la garganta, llegué a su cola y la agarré por dentro. El oso se asustó, subió corriendo y me sacó a mí también. El oso se echó a correr asustado hacia el bosque y yo me quedé en la orilla, pero no en la correcta. Entonces volví a agarrarme por el cabello, aún más fuerte que la primera vez, ¡y salté al otro lado!

– ¡Qué cosas! – dice el señor, – Quizá sea verdad tu historia también.

– Quizá lo sea, mi señor, pero, tal vez, con un defecto. Bueno, ahí va. Salté a la otra orilla, pero caí al suelo con tanta fuerza que me quedé clavado hasta la cintura. Me jalaba para un lado y para el otro, pero nada. Sin una pala, no creía que se pudiera hacer algo.

Entonces me fui corriendo a mi casa, agarré la pala y regresé. Me desenterré y me aventé a salvar a mi abeja. La abeja ya estaba tibia: los lobos la habían matado mientras yo corría de aquí para allá. ¿Qué hago? Cubrí la abeja con una rama para que no se la comieran los lobos y fui a ver al dueño. “Hay un problema, mi señor”, – le digo. “¿Cuál es el problema?”, – pregunta el dueño. “Es que los lobos mataron a una de sus abejas”.

Cómo se enojó el patrón, cómo me regañó: “¡Ahora no te voy a dar ni un centavo!”. Y yo ni sé qué contestarle. La culpa es mía. El dueño me gritó un rato más y preguntó: “¿Se han comido ya los lobos a la abeja?” – “No.” – “Bueno, es bueno que la abeja siga intacta. Vamos a buscarla”.

Enganchamos dos yuntas de bueyes y partimos. En el prado desollamos una abeja, partimos la carne en trozos y la llevamos a casa. En casa la salamos, salieron doce barriles de carne salada. Esa carne nos alcanzó al dueño y a mí para todo el año.

– ¡Cualquier cosa puede pasar en el mundo! – dice el señor. – Quizá sea verdad.

– Al terminar el año, el dueño me corrió sin pagarme un centavo. Sólo le pedí un trozo de cera. Hice un caballito de esa cera y cabalgué hasta la casa de mi abuelo, pues aún no tenía padre. Iba montando hasta llegar al bosque. Y entonces me dio hambre. Olfateé el aire y me di cuenta que cerca de un pino olía a frito. Me acerqué al árbol y vi que en el hueco del árbol había guajolotes fritos. Bueno, como tenía hambre trepé el pino y me metí al hueco para sacar a los guajolotes. Metí una mano y no cabía, después una pierna y tampoco cabía, la cabeza tampoco. Entonces me aventé todo completo y sí pude entrar. Ya estando adentro me atasqué de guajolotes y decidí salir. Metí una mano y no cabía, después una pierna y tampoco cabía, la cabeza tampoco. Entonces me aventé todo completo y tampoco: me engordé bastante después de haber comido tanto.



Me acordé de un hacha que mi dueño tenía detrás de la puerta. Me fui corriendo para allá, agarré el hacha, regresé, hice un hueco más grande y en fin, pude salir.

– Entre tantas cosas raras que pasan en este mundo, – dice el señor, – también esta puede ser verdad.

– Subí a mi caballo, me metí el hacha detrás del cinturón y seguí cabalgando. Y el hacha se movía detrás de mi cinturón... De repente, mi caballo se paró. Miré a mi alrededor: la mitad del caballo había desaparecido: ¡el hacha lo había cortado! ¡Maldita sea! Corté un palo de un matorral de zarza, cosí las dos mitades de mi caballo y volví a cabalgar. Y de repente la zarza empezó a crecer. Crecía y crecía: creció hasta el cielo. Se me ocurrió subir al cielo para ver qué pasaba por ahí.

El señor dejó su pipa:

– ¿Y qué viste allí en el cielo?

– ¡Vi muchas cosas raras, mi señor! Caminando por el cielo, vi a unos santos que estaban de fiesta en una casa: borrachos, bailando y cantando canciones alegres. Primero quería entrar, pero no, creí que no era la mejor idea meterse con gente borracha, ¿qué tal si me aventaban una bronca? Seguí caminando.

En otra casa vi a San Nicolás roncando bajo la mesa. Ha de haber tomado demasiado.

– ¡En este mundo cualquier cosa podría suceder! También ésta, – dice el señor.

– Y sí es cierto, su excelencia. Lo vi con mis propios ojos. Entré a la casa de San Nicolás, pensando que podría encontrar algo para comer. ¡Pero no tenía nada! Sólo botellas vacías por todos lados y nada de pan. Me di la vuelta y vi un gorro dorado al lado del santo. Pensé que al menos me llevaría el gorro de Nicolás. Quizás, en una cantina me darían de comer por ello. Así que agarré el gorro y salí. De repente se despertó Nicolás y empezó a buscar su gorro. No lo encontró y armó un escándalo...

Pensé que sería mejor irme corriendo a mi casa, ¿qué tal si me agarraban? No quise problemas. Me puse a buscar el lugar donde crecía la zarza de la espalda de mi caballo. Anduve por todos lados y no lo encontraba. De repente vi a los santos trillando el trigo en la era y la paja se esparcía por todo el cielo. Recogí la paja y me puse a hacer una cuerda.

Al terminarla, amarré un extremo al cielo y comencé a bajarme a la Tierra. Bajé al otro extremo de la cuerda y seguía sin verse la Tierra. Me quedé colgado entre la Tierra y el cielo. Menos mal que tenía mi hacha conmigo. Así que empecé a cortar el extremo de arriba de la cuerda, amarrándolo desde abajo y así seguí bajando.

– ¡Tantas rarezas qué hay en el mundo! – dice el señor, – También lo que cuentas puede ser verdad.



– Así iba yo bajando y antes de darme cuenta, había llegado al infierno. Entonces estuve caminando por el infierno, viendo por todos lados. De repente vi al difunto padre de su excelencia. Está todo flaco, mugroso y fodongo, pastoreando cerdos.

Se le desorbitaron los ojos al señor por tanta rabia que le había dado y se le cayó la pipa de la boca:

– ¡Estás mintiendo, cochino! ¡Es mentira, no puede ser que mi padre estuviera pastoreando cerdos!

Y Yanka agarró el plato lleno de oro... ¡y salió corriendo por la puerta!



El zorro juez.

Un campesino fue al bosque a quitar tocones. Recogió un poco y comenzó a acomodarlos en su costal. De repente, ve: un lobo se le está acercando.

– ¡Ayúdame, hombre! – está pidiendo el lobo. – Unos cazadores me están persiguiendo. Te lo agradeceré mucho. Te voy a traer un zorro como pago, para que hagas un abrigo de su piel.

– ¿Y cómo te podría salvar? – dice el campesino.

– Escóndeme en tu costal y cárgame ahí en lugar de los tocones. El hombre le hizo caso. Cargó el lobo en el costal sobre sus hombros y caminó por la carretera.

Los cazadores se acercan preguntando:

– ¿Qué es lo que traes en tu costal, hombre?

– Unos tocones para la estufa...

– ¿De casualidad, has visto un lobo por aquí?

– No, señores, no lo he visto.

Los cazadores siguieron su camino.

Entonces el hombre se quita el costal de los hombros, lo desata y le dice al lobo.

– ¡Ya, ya te puedes salir!

– ¿No están los cazadores cerca?

– No, no están.

El lobo sale del costal y le dice al hombre:

– ¡Y ahora te voy a comer!

– ¿Qué te pasa, lobo? – el hombre está sorprendido. – Te salvé de la muerte y tú me quieres comer... ¡No, esto es contra la ley!

– ¿Cómo qué contra la ley? – se enoja el lobo. – Es nuestra ley, la ley de los lobos.

– ¿Crees qué no hay verdad y justicia en este mundo?

– ¡No las hay! – dice el lobo.

– No, – le contesta el campesino, – sí hay justicia en el mundo. Preguntemos a quien quieras.

– ¡Vale! ¡Pero rápido ya!

Entonces siguieron su camino. Se encontraron con un perro viejo y tan flaco que era piel y huesos.

– Oiga, señor perro, – se le dirige el hombre. – Júzguenos.





– ¿Qué asunto te interesa? - pregunta el perro.

– Ya ve que un asunto como este, – se puso a contar el hombre.

El perro lo escuchó y dijo:

– ¡No hay justicia ni verdad en este mundo! Mientras era joven y ágil, mi dueño me alimentaba y me cuidaba. Y cuando me hice viejo, me echaron de la casa para afuera. Ahora me voy al bosque; quizá me coma un lobo feroz, así no pasaré mucho tiempo sufriendo.

– No, no, – interrumpió el lobo, – ¡Primero me voy a comer al hombre!

Chasqueó los colmillos y se lanzó hacia el hombre.

– Espérate! – dijo el hombre. – El perro no juzga según la verdad, es el ofendido. Y un juez así es injusto. Sigamos y preguntemos a alguien más.

– Vale, – aceptó el lobo, – ¡Pero apúrate! No tengo tiempo para todos estos pleitos judiciales.

Siguieron su camino. Se encontraron con un zorro.

– Oye, hermano zorrillo, júzganos, – pidió el hombre.

– ¿Qué asunto te interesa? – pregunta el zorro.

– Este es el asunto. Estaba arrancando tocones en el bosque. De repente, veo un lobo corriendo. “Sálvame de los cazadores, – me pide. – Te voy a traer a un zorro para tu abrigo por eso”.

Así que lo salvé y lo escondí en mi costal. Pero cuando el problema terminó, quiso comerme. Dime, ¿esa es la ley? ¿Cierto será que ya no hay verdad en el mundo?

El zorro se lo pensó y dijo:

– No puedo juzgarlos sin ver cómo lo fue todo. Debemos hacer una investigación en el lugar.

– De acuerdo, haz tu investigación, - aceptó el lobo. – ¡Pero date prisa! No tengo tiempo para esperar mucho.

Llegaron al lugar donde el hombre estaba arrancando tocones.

– Aquí, – muestra el hombre, – aquí fue donde encontré al lobo y justo aquí lo escondí en mi costal.

– Va, va, – dice el zorro, – ahora mismo haremos la prueba.

Tomó el costal, lo miró atentamente y dijo:

– Se me hace, hombre, que me estás mintiendo... No creo que sea muy probable que el señor lobo cupiera en este costal tan chico.

– Si estás en peligro, vas a caber en una tabaquera, no sólo en un costal, – contesta el lobo.

– Como juez, no puedo dar fe a esta declaración...

– ¿No puedes dar fe? – rugió el lobo. – ¡Entonces ve con tus propios ojos!

El zorro abrió el costal de par en par, y el lobo se metió adentro en un salto.

– ¡Ahora sí me lo vas a creer!



– Oh, pues sí, – el zorro guiñó un ojo al hombre, – ahora puedo ver claramente que el costal se ajusta perfectamente al lobo. Sólo falta amarrarlo bien.

El hombre no se lo pensó dos veces y amarró el costal.

– ¡El señor lobo también sirve muy bien para un buen abrigo! – se rio el zorro.

El hombre le agradeció al zorro su juicio imparcial y le dijo al lobo:

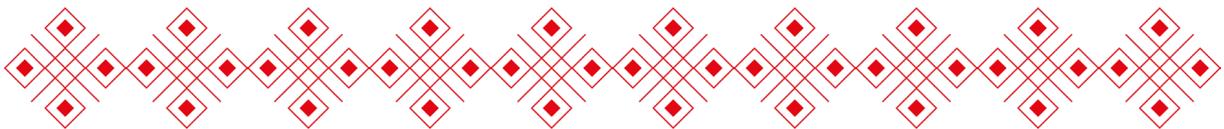
– Ya ves, tú decías que no había justicia en el mundo. ¡Sí la hay!

Se echó el costal con el lobo a la espalda y lo llevó a casa para despellejarlo.



Índice:

El pelirrojo y el calvo.	7
El pan fácil.	10
Como dar malas noticias.	14
El herrero y El Mal Tuerto.	19
De este cuerno que salga lo bueno.	23
La gente tonta.	30
El dueño y el narrador.	35
El zorro juez.	40



Estimado lector:

Mientras lee este libro, recuerde que la República de Belarús se encuentra actualmente bajo la opresión de un régimen dictatorial.

En este momento hay miles de presos políticos en Belarús.

Además, millones de ciudadanos belarusos se ven obligados a vivir en el extranjero, porque en su país les espera la prisión, torturas o incluso la muerte.

Cuando lea este libro, recuerde que la lengua y la cultura belarusas están al borde de la extinción porque hablar belaruso en Belarús o utilizar símbolos nacionales puede ser motivo de encarcelamiento.

Sepa que leyendo este libro y recomendándolo a sus amigos, está ayudando a preservar una cultura ancestral única.

Gracias por su interés.



SLOVA I MOVA

Iniciativa ciudadana para popularizar la lengua y la cultura
belarusa en el extranjero



Movimiento de liberación nacional «Shlyah da voli»



www.belarusenespanol.com



Mexicanos
Con Ucrania



Centro Cultural
Ucraniano-Mexicano



Por Ucrania
Desde México



«Slova i Mova»

